

Visión del Cuzco

Templos y Abandono

por Sebastián Salazar Bondy

Los templos son lo más representativo de la era colonial cuzqueña, pero infortunadamente la mayoría se halla en lamentable estado de destrucción. Las obras de restauración se han interrumpido y todo parece anunciar que tal situación se prolongará por largo tiempo. Aun los más fervorosos amantes de este magnífico legado de arte se encogen de hombros ante tan fatal designio. Sólo la Catedral y la iglesia de Belén, situada al sur y sobre una prominencia del terreno, se ofrecen al visitante reparadas ya de las heridas que les infligiera la catástrofe de 1950. Aquella por la generosidad de España y ésta por la excepcional y milagrosa intervención de la Junta de Reconstrucción. Sin embargo, con relación a la basílica habría algunas objeciones que poner al empeño restaurador. Primero, el prurito de suprimir la pátina de las piedras por medio del "martelinado" y, luego, el asordamiento de la famosa campana María Angola debido a un equivocado reforzamiento

de su sistema de sostén.

Algunos cuadros del primer templo cuzqueño —entre ellos el supuesto Van Dick— requieren un eficaz tratamiento de refresco puesto que el tiempo ha comenzado a afectarlos seriamente. Las iglesias laterales de Jesús María y El Triunfo, tan cargadas de historia, aguardan la activa mano que les devuelva el perdido esplendor.

Sobre la famosa iglesia de La Compañía se nanan todavía los andamios, pero ningún obrero ocupa estas provisionales armaduras. Una de las torres se encuentra en tierra, a la espera de ser repuesta en su lugar. No se experimenta, desde luego, la sensación de que esto esté a punto de realizarse, y el espectador tiene la seguridad, ante la vista de dichos escombros, de que ahí permanecerán hasta el local traslado. El interior no se halla como debiera, tanto por la falta de cuidado que a cada paso se revela cuanto por la circunstancia infeliz de que algunos toques de decoración no se compadecen con el espíritu que prevaleció en sus fundadores. El Cristo de Burgos, bella escultura de la más desgarrada imaginería española, se encontraba, cuando el cronista visitó esta iglesia, iluminado por focos de neón. Es innecesario aludir al triste efecto de esas luces. En cuanto a La Merced, la situación es más o menos semejante, especialmente en lo que respecta al maravilloso claustro donde también están detenidos los trabajos. En mayor o menor grado, lo mismo ocurre en San Francisco (en otro artículo me he referido al absurdo añadido de dos cúpulas), Santa Clara, San Pedro, Santa Ana, etc.

Sin embargo, donde más dolorosa es la destrucción es en Santo Domingo, el antiguo Coricancha. La desastrosa impresión comienza en la calle, tremendo terral cuando no incipiente ciénaga. La iglesia está desmantelada y el convento, donde tan vivamente se alternan las piedras incaicas y las columnas barrocas, ofrece el aspecto de un lugar recientemente bombardeado. El turista debe atravesar las galerías franqueando los hacinamientos de tierra y fragmentos tallados. En los recintos incaicos se han establecido depósitos de cuadros, maderas y otros restos, o han sido destinados a oficinas de la Orden. A todo esto hay que agregar la imitación de la sillería pétreo hecha con pintura gris y negra con el fin de completar dichos ámbitos, y la circunstancia un tanto humorística de que allí coexistan cosas tan opuestas como el teléfono y los inmemoriales muros quechuas. Lo más atinado sería trasladar a los monjes a un local moderno y convertir el hermoso Coricancha —algunas de cuyas piedras han sido inexplicablemente removidas— en un museo real de la arquitectura mixta, gracias a un proceso de restauración técnicamente serio y responsable. Pero esto no se hará, por lo menos en esta época de desdén y desconsideración por todo lo representativo de nuestro gran pasado.

El abandono también reina en San Blas, donde se halla el púlpito tallado por el indio Juan Tomás. Allí, aún intacta, se halla esta singular obra de arte, no obstante de que el templo manifiesta el desinterés más culpable de las autoridades con respecto a su conservación. La joya supervive casi prodigiosamente, pues nada, absolutamente nada, demuestra que se han tomado medidas para que sea apreciada debidamente. La vidriera que la rodea es más bien un obstáculo que una defensa.

Los templos del Cuzco guardan innumerables cuadros. Unos son copias de telas de los maestros europeos del XVI y el XVII y otros, los que pertenecen a la escuela que en esa ciudad floreció durante el Virreinato, son ingenuas y, por ende, encantadoras versiones de asuntos religiosos hechas por los primitivos artistas indios y mestizos. Una gran parte de esta riqueza pictórica no ha recibido en muchos años la menor atención y nadie todavía se ha dedicado a estudiarla con un criterio estético firme y penetrante. Lo mismo acontece con la imaginería, que exhibe piezas de muy particular valor. Los comerciantes trafican con estas telas y rumbo al exterior se van muchas de ellas. También las casonas coloniales sufren idéntico trato. Algunas han sido convertidas en quinallas, tiendas o refugios de la gente menesterosa. En realidad templos, mansiones, obras de arte, calles, plazas, todo lo que es supervivencia del ayer lleva la impronta de una crisis. Crisis que bien puede convertirse, en escaso tiempo, en definitiva e irreparable pérdida.